

Prólogo

La pareja de la cama estaba haciendo el amor como si les fuera la vida en ello.

Y para uno de los dos era así.

Ninguno oyó que la puerta se abría poco a poco.

Ninguno observó la figura misteriosa que entraba en la habitación. Estaban demasiado concentrados en sus espasmos de pasión.

Hasta que... un solo disparo.

Y brotó sangre.

Y para uno de los dos, la muerte y el orgasmo llegaron en el mismo preciso momento.

La vida tiene extrañas formas de llevarte en un viaje inesperado...

Ésta fue una de esas ocasiones.

LIBRO I
LA INVITACIÓN

1

Lugar: Moscú

El multimillonario ruso Aleksandr Kasianenko admiró a su novia *top model* cuando salió, descaradamente desnuda, de la piscina interior de su lujosa mansión moscovita. Se llamaba Bianca, y era famosa en todo el mundo.

Dios, qué hermosa es, pensó Aleksandr. Hermosa y flexible como un felino. Se mueve como una pantera, y en la cama es una tigresa salvaje. Soy un hombre muy afortunado.

Bianca era mestiza: su madre era cubana y su padre negro. No cabía duda de que había heredado los mejores rasgos físicos de sus padres.

Se había criado en Nueva York, la habían descubierto a los diecisiete años, y ahora, a la edad de veintinueve, era la modelo más cotizada del planeta. Alta, delgada y ágil, de piel color café, hermosas facciones, labios gruesos naturales, penetrantes ojos verdes y lustroso cabello negro largo hasta la cintura, Bianca cautivaba tanto a hombres como a mujeres. Los hombres la encontraban irresistiblemente sexy, mientras que las mujeres admiraban su sentido del estilo y su humor obsceno, que exhibía cada vez que aparecía en programas de entrevistas nocturnos.

Bianca sabía cómo comportarse delante de las cámaras, y sabía muy bien cómo vender su producto. A lo largo de los años había ido creando un pequeño imperio que incluía una excelente línea de joyas, gafas de sol exóticas, una asombrosa colección de maquillaje para mujeres de color, y varios perfumes que se vendían muy bien.

Había dominado el arte de vender, y ganado una fortuna. Entonces, a la edad de veintinueve años, había decidido por fin que, en lugar de ser un hombre orquesta que trabajaba con ahínco por su dinero, debía buscar un rico poderoso que la cuidara y convirtiera el dinero que había ganado en un emporio.

Aleksandr Kasianenko era esa persona, pues no sólo era un hombre de negocios riquísimo, sino también un tipo duro y fuerte, con una voluntad de acero.

Bianca estaba harta de la larga lista de niños bonitos con los que había salido a lo largo de los años. Estrellas de cine, un montón de estrellas del rock, media docena de héroes deportivos y uno o dos políticos. Ninguno de ellos la había satisfecho de verdad, en la cama o fuera de ella. Siempre había sido ella la fuerza dominante en todas las relaciones en las que se había entrampado. Todas las estrellas de cine eran inseguras y estaban obsesionadas por su imagen pública. Las del rock se dedicaban sobre todo a las drogas y a meterse en líos, por no hablar de su monstruosa vanidad. Las estrellas del deporte estaban locas por la publicidad, y desconocían el concepto de fidelidad. Y en cuanto a los políticos... Sexualmente incorrectos. Mucho ruido y pocas nueces.

Entonces, en el momento justo, había conocido a Aleksandr. Y se había enamorado de su energía silenciosa.

Sólo había un problema.

Estaba casado.

Se habían conocido en la tierra natal de Aleksandr. Ella estaba en Moscú, para una sesión fotográfica de la que saldría una portada destinada a la edición italiana de *Vogue*, y como aquel día cumplía veintinueve años, el extravagante fotógrafo, Antonio, un gay italiano que conocía a toda la gente que era preciso conocer en Moscú, había decidido agasajarla con una fiesta masiva.

La fiesta fue una pasada. Y entonces le habían presentado a Aleksandr.

En cuanto le vio, su aspecto misterioso y taciturno, así como su aura de control y poder, la habían dejado sin aliento. Era grande y fuerte, y proyectaba algo magnético, algo increíblemente masculino. Una sola mirada, y ya estaba cautivada.

Él no le dijo que estaba casado.

Ella no lo preguntó.

Una hora después de conocerse estaban haciendo el amor de una manera acelerada y feroz en el suelo de la suite del hotel de Bianca. Su forma de hacer el amor alcanzó una intensidad animal, tan abrumado-

ra que no consiguieron llegar al dormitorio. Fue desnudarse e ir al grano.

Después de su única noche de pasión desatada, una especie de mutua adicción se apoderó de ellos. Y así empezó su tórrida relación, una relación que los llevó a citarse por todo el mundo.

Ahora, transcurrido un año, y pese al estado civil de Aleksandr, pasaban muchos ratos juntos.

El multimillonario había asegurado a Bianca que estaba a punto de divorciarse de su esposa, pero debido a los numerosos pactos económicos que podían afectar al acuerdo con ella, el asunto aún no estaba resuelto. También tenía que pensar en sus hijas. Eran tres. «Ha de ocurrir en el momento oportuno —le había informado—. No obstante, sucederá, y será pronto. Te doy mi palabra.»

Bianca le creyó. Se había separado de su mujer, lo cual era un principio prometedor. De todos modos, deseaba más. Quería ser la señora de Aleksandr Kasianenko, y cuanto menos tiempo perdieran, mejor.

En el ínterin, Aleksandr deseaba celebrar el inminente trigésimo cumpleaños de su amor a lo grande. En fechas recientes le habían entregado un nuevo y lujoso yate de ciento veinte metros de eslora, y para celebrar su viaje inaugural había planeado ofrecer a Bianca un acontecimiento de esos que sólo se dan una vez en la vida, algo que no olvidaría jamás. La celebración incluiría invitar a varios amigos comunes a un crucero de una semana de duración, con el fin de disfrutar sin trabas. ¿Qué podía ser mejor?

Cuando informó a Bianca de su plan, ella reaccionó con entusiasmo, y empezó a pensar de inmediato en a quién invitaría al exclusivo viaje.

—¿Para cuánta gente hay lugar en tu nuevo yate? —preguntó.

—Para mucha —contestó Aleksandr con una carcajada seca—. Pero creo que sólo deberíamos invitar a cinco parejas.

—¿Por qué sólo cinco? —preguntó Bianca, algo decepcionada.

—Es suficiente. Tú haces tu lista, y yo haré la mía. Después, las compararemos y decidiremos a quién invitamos.

Ella sonrió.

—Será muy divertido —dijo, mientras ya pensaba en su lista.

—Ya lo creo —corroboró Aleksandr.

2

Lugar: Londres

Ashley Sherwin contempló su imagen en el recargado espejo que había encima del tocador durante diez minutos seguidos, hasta que su marido, Taye, entró en el cuarto de baño invadido de vapor, con superficies de mármol y una sofisticada araña de cristal de roca, diseñada por Jeromy Milton-Gold, uno de los más cotizados interioristas de Londres.

—¿Qué estás mirando, tesoro? —preguntó jovial Taye, mientras aprovechaba la oportunidad para inclinarse sobre el hombro de ella y examinar su imagen, que, como siempre, era absolutamente perfecta.

—Nuevo maquillaje —murmuró en tono sedoso Ashley, irritada por el hecho de que la hubiera sorprendido. Se arrepintió de no haber cerrado la puerta con llave.

Taye desconocía el concepto de «privacidad». Bien, era imposible, claro. Era una superestrella del fútbol acostumbrada a desnudarse y disfrutar de toda la gloria (por no hablar de las mujeres) que se cruzaban en su camino. Putitas baratas y desagradables, dispuestas a cazar a cualquier famoso. Ella las odiaba a todas.

—Bien —dijo Taye, al tiempo que estiraba los brazos por encima de la cabeza—, tienes un aspecto estupendo, y muy sexy.

Ashley no deseaba parecer sexy y calentorra. Su propósito era llegar a ser un icono de la moda elegante, una víctima de la moda sobrada de estilo. Taye no lo entendía, así de sencillo. Pensaba que le estaba dedicando un cumplido, pero para ella era justo lo contrario.

Suspiró. Después de seis años de matrimonio, Taye aún no tenía ni idea del tipo de persona que ella aspiraba a ser. ¿No se daba cuenta de que ya no era la bonita rubia de veintidós años, presentadora de televisión, con la que se había casado? Ahora era la madre de dos gemelos de seis años, Aimee y Wolf. Era mayor, más madura. Sabía lo

que quería, y ser la esposa florero de Taye Sherwin no era suficiente, ni mucho menos.

Habían tenido que casarse porque estaba embarazada. Nunca era la solución ideal, pero mejor eso que madre soltera. Taye era un trofeo importante. Negro y guapo. Un héroe del deporte. Una máquina de hacer dinero, con sus diversos contratos publicitarios y su estatus de superestrella.

Se habían conocido en un programa de televisión que ella presentaba junto con Harmony Gee, ex miembro del grupo musical femenino Sweet. Harmony trató de seducir a Taye, pero pronto resultó evidente para todo el mundo que él sólo tenía ojos para Ashley.

Al cabo de poco acaparaban las portadas de los periódicos ingleses, bautizados como la nueva pareja de celebridades. La prensa incluso les puso un mote: Tashley. Sonaba bien.

Ashley estaba entusiasmada. Le encantaba ser el centro de atención. Durante seis meses había sido relegada a un segundo plano, mientras Harmony se encargaba de casi todas las entrevistas importantes. Sin embargo, gracias a su recién adquirida popularidad, sus jefes del canal la miraron de repente con renovado respeto, mientras Harmony le lanzaba miradas como puñaladas.

Entonces, Taye había logrado dejarla embarazada, y allí terminó todo.

Adiós, carrera.

Hola, matrimonio.

Taye era una superestrella en todos los aspectos. En cuanto descubrió que estaba embarazada, insistió en que se casaran. Daba igual su pasado de *playboy*, estaba dispuesto a hacer lo correcto. Además, amaba a Ashley. Era perfecta para él, una auténtica perita en dulce, con sus ojos azules muy separados, la piel sin mácula, el largo pelo rubio y la figura curvilínea.

La madre de Taye, Anais, una jamaicana corpulenta, no se sintió tan complacida. «Deberías casarte con alguien de tu clase —se había quejado con marcado tono de desaprobación—. Esa tal Ashley no es más que una pija hambrienta de publicidad. No será una esposa satisfactoria para ti.»

«Tu madre tiene razón, hijo —había corroborado el padre de Taye—. Tendrías que casarte con una mujer de la isla, tienen más chicha. Chicha jugosa y oscura. ¡Deliciosa!»

La última vez que los padres de Taye habían ido a Jamaica se remontaba a cuarenta años atrás, de modo que él prefirió hacer caso omiso de sus sabios consejos. Siguió adelante con los planes de boda.

Elise, la madre de Ashley, una rubia desteñida que trabajaba detrás de un mostrador de maquillaje en unos grandes almacenes, se sentía dividida. La buena noticia era que Taye era rico y famoso. La mala, que era negro.

Elise intentaba no pensar de manera racista, pero por desgracia la habían educado en la creencia de que los negros eran seres inferiores.

Por suerte, Ashley nunca había albergado el menor complejo por el hecho de que Taye fuera negro. Le amaba más que a cualquiera de sus hombres anteriores. De hecho, él la adoraba, cosa que no la molestaba en absoluto. Ser adorada por un hombre deseado por todas las mujeres era fantástico.

Su esplendoroso matrimonio había sido noticia de primera plana. Y también el nacimiento de los gemelos, tres meses más tarde. Taye compró una magnífica casa cerca de Hampstead Heath, y todo iba bien en el mundo, salvo que poco después de mudarse a la nueva casa, Ashley sufrió un episodio grave de depresión posparto, y se negó a estar cerca de los gemelos durante los seis primeros meses de su vida. Ello obligó a Taye a instalar en su casa a sus padres y a la madre de Ashley, lo cual resultó ser un gran error. Las dos abuelas no tardaron en descubrir que se odiaban mutuamente, sobre todo cuando Anais acusó a Elise, divorciada tres veces, de tratar de seducir a su marido, una acusación que ella negó con vehemencia.

El hogar de los Sherwin no era feliz. Ashley, encerrada a cal y canto en el dormitorio de matrimonio, se negaba a salir. Los gemelos exigían atención día y noche. Y las suegras se habían declarado la guerra. Taye intentó calmar los ánimos de todos, aunque no era fácil. Y como Ashley rehuía cualquier contacto sexual, se sentía cada vez más frustrado.

De modo que Taye la engañó. Y para colmo de males, la chica con la que la engañaba (una modelo de tres al cuarto de gigantescas tetas), se apresuró a acudir a los periódicos sensacionalistas y vender la historia por una cantidad de dinero ridícula.

Los titulares fueron implacables:

MI INTERMINABLE NOCHE DE LUJURIA CON TAYE SHERWIN.

¡TAMBIÉN ES UNA ESTRELLA EN LA CAMA!

¿SE ACABÓ TASHLEY?

¡Ay, la humillación! ¡La furia! La conmoción que Ashley experimentó. Salió como una fiera de su escondite y plantó cara a su marido con rabia desbordante.

Las excusas de Taye fueron débiles. No habían practicado el sexo desde hacía seis meses. Una mujer deprimida. Bebés que bramaban. Suegras en lucha. Y una muñeca tetuda que se abalanzaba sobre él durante un anuncio de loción para después del afeitado que él estaba rodando.

Taye no estaba hecho de piedra. Había caído sobre aquellas colosales tetas como un hombre hambriento de alimento. Se había regodeado en ellas. Después de regodearse un rato, se la folló, lo lamentó de inmediato y salió corriendo como si le fuera la vida en ello.

El artículo periodístico consiguió que Ashley tomara cartas en el asunto. Contrató a toda prisa a dos niñeras, envió a su madre y a su suegra a sus respectivas casas, y empezó a ponerse en forma.

Entretanto, Taye le regaló un anillo de diamantes de diez quilates, le aseguró que nunca más volvería a serle infiel, le pagó el aumento de tetas que ella le pidió, y la vida volvió a la normalidad.

Sólo que no era normal. Ashley perdonó, pero el problema consistía en que no albergaba la menor intención de olvidar.

A medida que los gemelos se hacían mayores, empezó a pensar en su futuro, y en lo que podía hacer para ser algo más que la esposa de un futbolista. Empezó informando a Taye de que cualquier anuncio o promoción que aceptara en el futuro debería incluirla a ella. Él accedió. Tras haberla cagado una vez, iba a procurar no repetir la jugada. Ashley significaba todo para él, y no estaba dispuesto a correr el riesgo de perderla.

Así, poco a poco, empezaron a formar un equipo. El Show de Taye y Ashley. Él, con la cabeza rapada, el cuerpo musculoso y la sonrisa irresistible. Ella, con los ojos azules de un bebé, el cuerpo delicioso, las tetas asombrosas y la cascada de rizos rubios. Se aliaron con los mejores fotógrafos y no tardaron en crear una marca comercial.

Ashley trabajaba con ahínco en su cuerpo, lo tonificaba y bronceaba, perdió la grasa sobrante y ganó músculo, hasta que pareció tan en forma como Taye, pero de una manera femenina.

Adoraba sus nuevos pechos, le daban mucha más confianza en sí misma, y a su marido le gustaban también.

¿Volvería a engañarla de nuevo?

Mejor que no, porque si había una siguiente vez, ella le abandonaría, se llevaría a los gemelos y convertiría su vida en un infierno.

Dieciocho meses antes, Ashley había decidido que aparecer en anuncios con Taye ya no era suficiente para ella. Había llegado el momento de impulsar su propia carrera. Los gemelos se estaban haciendo mayores, y ella había estado pensando en hacer algo personal. Siempre le había gustado ser interiorista, de modo que había abordado a Jeromy Milton-Gold, el diseñador que había trabajado en su casa, y le había preguntado si podía entrar a formar parte de su equipo. Jeromy, el novio de la estrella pop latina Luca Pérez, mayor que él, siempre estaba buscando formas de mejorar su perfil, y le contestó que era una idea fabulosa. Si Taye estaba dispuesto a invertir en su negocio, dijo, encontrarían algo para ella.

Ashley pidió a su marido que invirtiera algo de dinero.

Él, para complacerla, accedió, pese a que su agente le dijo que era una equivocación.

Ashley se sintió muy complacida de que Jeromy quisiera trabajar con ella.

Al cabo de poco había un nuevo espectáculo de moda en la ciudad. El Show de Ashley y Jerome, interioristas de las estrellas. Ambos con parejas famosas. Ambos con una ambición sin límites.

Había empezado como una combinación ganadora. En los últimos tiempos, las cosas no iban tan bien.

—He de enseñarte algo —dijo Taye, al tiempo que agitaba un sobre grande de color crema en el aire.

—¿Qué? —preguntó Ashley, mientras se alejaba del espejo y entraba en el dormitorio.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó él siguiéndola.

Le encantaba tomar el pelo a su esposa: le confería una sensación de poder. Y sostenía en la mano el poder, porque el sobre de borde dorado labrado y exquisita caligrafía contenía una invitación que, si conocía bien a su mujer, conseguiría que se corriera.

—No hagas el tonto —contestó Ashley, todavía algo irritada.

—Démonos un beso, pues —sugirió Taye, al tiempo que la rodeaba con sus brazos por detrás.

—Ahora no —dijo ella, y se libró de su presa.

—¿Qué te pasa? —protestó él—. Los chicos están en casa de mi madre. Estamos solos. Es el momento perfecto.

—No. Estamos a punto de salir a cenar, y no quiero estropearme el maquillaje o el pelo.

—Será uno rapidito —prometió él.

—No seas desagradable. Si vamos a hacerlo, hagámoslo en la cama como la gente normal.

Taye sacudió la cabeza. En ocasiones, Ashley se comportaba como una verdadera mojjigata. ¡Gente normal! ¿De qué iba? Hablaba como su suegra racista, a la que apenas soportaba.

—Supongo que una mamada está descartada por completo, ¿no? —aventuró, y se acercó más.

La mirada de desaprobación de Ashley le informó de que estaba en lo cierto.

¿Qué había sido de la chica con la que se había casado? Libre y promiscua, abierta a todo tipo de aventuras sexuales. Habían practicado el sexo en los lugares más inverosímiles. Ahora casi tenía que suplicar para practicarlo alguna vez. No era justo. Todavía la amaba, no obstante. Era su esposa, y nada cambiaría eso.

—¿Más tarde? —preguntó esperanzado.

—Ya veremos. Ve a cambiarte, y deprisa. Vamos a reunirnos con Jeromy. Se marcha mañana a Miami, y no podemos retrasarnos. Ya sabes lo puntual que es siempre.

—Jeromy es un gilipollas de lo más aburrido. ¿Es preciso que vayamos?

—Sí, Taye. Por si lo habías olvidado, trabajo con él, así que deja de protestar y ve a arreglarte.

—Vale, vale.

Como daba la impresión de que Ashley había olvidado el sobre por completo, Taye decidió no enseñárselo hasta que volvieran a casa.

Sabía que la pondría de un humor excelente. Eso, y un par de copas de vino, y no le costaría nada saborear una ración de lo que le pertenecía por derecho.

Sí, Taye sabía tratar a su esposa.

Con prudencia.

Ése era el secreto.

3

Lugar: París

El día nunca tenía suficientes horas para que Flynn Hudson lograra hacer todo lo que quería. Como respetado, aunque algo inconformista, periodista y escritor *free lance*, siempre estaba viajando adonde el último desastre le condujera. Sólo en el último año había estado en Etiopía, Haití, Indonesia, Japón y Afganistán. Había cubierto tsunamis, terremotos, inundaciones, guerras.

Siempre se hallaba en la vanguardia y en el centro de la acción, informando sobre sucesos, corrupción gubernamental y derechos humanos. Era un activista que no respondía más que ante sí mismo, con una página web que contaba casi con un millón de seguidores, porque cuando Flynn escribía uno de sus artículos, sus fieles lectores sabían que estaban recibiendo información fidedigna, en lugar de la basura falsificada con la que casi todas las cadenas de programas informativos empapuzaban a la opinión pública crédula.

No obstante, prefería mantener un perfil bajo. Rechazaba peticiones de entrevistas en televisión y evitaba que le fotografiaran, mientras que su casa era un pequeño apartamento en París, donde vivía solo.

Había tenido novias. Varias. Aunque ninguna de ellas había llegado a conocerle bien.

Flynn Hudson era un solitario. Lo prefería así.

Nacido en Inglaterra treinta y seis años atrás, de madre norteamericana y padre inglés, había sido educado en diversas partes del mundo, porque su progenitor era diplomático. Habían viajado a lo largo y ancho del mundo, hasta que a la edad de doce años un coche bomba mató a sus padres en Beirut. Había sobrevivido por milagro a la tragedia, y tenía cicatrices que lo demostraban.

Después de la muerte de sus padres, había llevado una doble vida: pasaba la mitad del tiempo con sus abuelos norteamericanos en

California, y la otra mitad con su familia inglesa, que residía en la campiña. No le molestaba volar de un sitio a otro. Era una aventura.

Después de asistir a la universidad en Inglaterra durante un año, se trasladó a California y se matriculó en la UCLA, aunque abandonó los estudios cuando tenía veintiún años para ir a viajar por el mundo.

Recorrió Asia con mochila, escaló las montañas de Nepal, aprendió artes marciales en China, se sumó a la tripulación de un barco pesquero en Marsella, trabajó de guardaespaldas para un multimillonario colombiano que resultó ser un señor de la droga, hasta que por fin, cuando contaba veinticinco años, se sentó a escribir un libro muy vendido sobre sus viajes.

Flynn habría podido ser una estrella de los medios de comunicación, porque era lo bastante guapo para ello. Metro ochenta y cinco, fuerte y atlético, larga cabellera oscura, intensos ojos azules y una sombra de barba permanente en la mandíbula.

Gustaba a las mujeres. Y a él también le gustaban, mientras no esperaran algo permanente.

En una ocasión, se había comprometido para toda la vida. No obtuvo lo que esperaba. Se acabaron los compromisos para Flynn. Se había hartado.

Como macho alfa respetaba a las mujeres, disfrutaba de su compañía a corto plazo, y nunca intentaba controlarlas. Deseaba lo mejor para ellas, sobre todo para las mujeres del Tercer Mundo, que tenían que luchar cada día por su supervivencia. Colaboraba en lo que podía, escribía sobre los lugares a los que iba, dejaba al descubierto la corrupción, y utilizaba todos los recursos que caían en sus manos para ayudar a los pobres y los oprimidos.

El dinero sólo tenía un significado para él: ayudar a los demás.

La chica trepó sobre Flynn como un mono araña particularmente enérgico, toda piernas y brazos larguiruchos, pechos pequeños, pelo corto y enormes ojos delineados con *kohl*. Él creía que se llamaba Marta, aunque no estaba seguro. A veces, pensaba que ya no estaba seguro de nada, sobre todo después de las atrocidades que había presenciado. Acababa de llegar de Afganistán, donde había visto a un colega fotógrafo quedar atrapado en un tiroteo entre guardias fronterizos y un coche en el que iban dos terroristas suicidas. Al tipo le ha-

bían volado la cabeza, literalmente, cuando se había acercado demasiado a los terroristas para conseguir la mejor foto.

La imagen del coche volando por los aires se había grabado en su mente, así como el cuerpo decapitado de su amigo tirado en el barro. Era una fotografía que no podía borrar.

Después de regresar a París, él, que no bebía mucho, se había emborrachado por completo dos noches seguidas. Marta, o como se llamara, apareció en su vida la segunda noche, y ojalá nunca hubiera ligado con ella ni la hubiera llevado a casa.

Después de alcanzar un orgasmo poco satisfactorio, consiguió sacársela de encima.

—*Comment, c'est fini?* —preguntó ella indignada.

—Esta noche no —murmuró él—. Vete a casa.

Ella obedeció. De mala gana.

Por la mañana, con una resaca mayúscula, descubrió que se había llevado su cartera.

Se acabó la bebida.

Se acabó el sexo aleatorio.

Era culpa de él, tendría que haberlo sospechado.

En los últimos tiempos, las cosas le estaban superando. Su reciente visita a China, donde en algunos lugares se consideraba aceptable ahogar a los bebés de sexo femenino al nacer. Otro viaje a Bosnia, intentando ayudar a mujeres que habían sido violadas. Y después, Pakistán, para escribir un artículo destinado al *New York Times* sobre un ciudadano norteamericano al que una prostituta había drogado, y le habían extraído y robado un riñón.

Necesitaba un descanso.

Mientras clasificaba su correo, casi todo facturas, se topó con un elegante sobre dirigido a:

SR. FLYNN HUDSON E INVITADA

Extrajo la invitación.

No le atraía la idea, pero después se le ocurrió algo: ¿por qué no, demonios?

Tal vez ése era exactamente el descanso que andaba buscando.

4

Lugar: Los Ángeles

Ser la novia de una superestrella del cine no le sentaba bien al ego de Lori Walsh. Oh, sí, en un aspecto todo era maravilloso. Su nombre sonaba. La gente era amabilísima con ella, gente importante. Su foto salía en todas las revistas, retozando en la playa de Malibú o paseando a sus dos enormes labradores negros. Siempre estaba incluida en las interminables entrevistas de los estrenos y las entregas de premios, aleteando al lado del famoso, con su aspecto de adorable, aunque algo torpe, novia.

Pero ¿por qué sonaba su nombre? ¿Por qué la gente influyente y poderosa era amable con ella? ¿De qué iba aquel rollo?

Porque...

Porque era la compañera de Cliff Baxter. Ese Cliff Baxter: el hombre con el encanto de George Clooney, el talento interpretativo de Jack Nicholson y un atractivo irresistible. El señor Estrella de Cine. Sobre eso no había margen de error.

El señor «Me besan el culo cada vez que me tiro un pedo».

El señor «Todo el mundo quiere ser amigo mío».

El señor «Incluso cuando esté hasta las cejas de mierda, me seguirás queriendo».

Lori, que también era actriz (aunque para su disgusto siempre se referían a ella como la «ex camarera»), había sido la novia del señor Estrella de Cine durante el último año. «Un récord», le habían informado sus amigas, como si hubiera ganado una especie de carrera asombrosa. «Debes tener algo especial», habían susurrado en su oído las esposas de los amigos del astro, con expresión algo perpleja, ¿porque sin duda pensaban que Cliff podía aspirar a algo mejor?

Sí, tenía algo especial: paciencia. Y el don de fingir no enterarse cuando su famoso novio llamaba por teléfono a una prostituta para el

tentempié de medianoche en su estudio de la caseta de la piscina, o pasaba el rato viendo porno en el ordenador.

Al parecer, sus ex novias habían protestado. Y con las protestas llegó el destierro, para pasar a la siguiente.

Sin embargo, Lori era más lista que todas ellas. Ella iba a llevarse el premio. El anillo en el dedo. Era una novia astuta que aguantaba lo que le echaran.

Cliff Baxter se encaminaba a toda celeridad hacia los cincuenta, y nunca se había casado.

Lori tenía veinticuatro años, y él le doblaba la edad, la perfecta diferencia de edad hollywoodiense. Además, le quería de una forma extraña. Se sentía segura y protegida con él..., y a veces hasta se sentía amada.

La verdad era que deseaba ser la señora de Cliff Baxter incluso más que seguir su propia carrera, lo cual era decir bastante, porque siempre había abrigado la ambición de ser la siguiente Emma Stone. Emma y ella hasta se parecían un poco. Tenían el mismo cuerpo atlético y la sonrisa algo dentada, aunque Lori se consideraba una versión más sexy de la talentosa actriz. A Cliff le gustaba muchísimo la melena de pelo rojo de Lori, si bien lo que le ponía de verdad era el vello púbico a juego. Ella se había ofrecido a hacerse un brasileño, pero él se negó en redondo. «Me gusta que todo sea natural en una mujer —le dijo—. Ya basta de coños depilados, no son sexys. Me gusta que seas auténtica, nena.»

Y así fue. Todo cuanto deseaba Cliff lo obtenía. Fue un alivio no tener que depilarse las ingles a manos de alguna polaca agobiada con tendencia a infligir dolor.

Sin embargo, ser tan sólo la novia era peligroso. Un año era mucho tiempo. ¿Y si Cliff se aburría de ella? ¿Y si descubría que le bastaban las prostitutas y el porno para obtener satisfacción?

No quiso agobiarse pensando en ello. La asustaba quedar encajonada en el eterno rol de estrella en ciernes hollywoodiense que mendigaba papeles. Oh, no, ése no iba a ser su futuro.

Para protegerse, se había impuesto como misión descubrir todos los trapos sucios de Cliff, hechos que nadie conocía de él. Estaba decidida a descubrir al auténtico Cliff Baxter, no al icono adorado de imagen idealizada y encanto basado en su actitud presuntamente modesta.

Lori era muy versada en actividades clandestinas. Había aprendido de su madre, Sherrine, a muy tierna edad, que era útil desenterrar los secretos de la gente y utilizarlos en beneficio propio. Así habían salido adelante después de que su padre las dejara tiradas. Habían sobrevivido porque Sherrine sabía manipular a la gente, como el case-ro rijoso que engañaba a su mujer, el cajero del supermercado que falseaba las facturas de los clientes para sisar dinero, y el instalador de la televisión por cable que ganaba dinero haciendo chapuzas.

Alquiler gratis. Comida gratis. Cable gratis. Salieron adelante. Mientras tanto, su madre hacía malabarismos con una serie de novios que también contribuyeron a su supervivencia.

Hacía ocho años que Lori no dirigía la palabra a su madre, desde que ésta la había pillado cepillándose a uno de sus efímeros novios. En aquel momento, Lori tenía dieciséis años. El novio de Sherrine tenía veinticinco y era un semental consumado. Y su madre tenía treinta y cinco y se cabreó como una mona. Echó de casa a Lori junto con el novio, quien permitió a la chica instalarse en su casa durante unas semanas, hasta que se topó con Stanley Abbson, un caballero de cierta edad que conducía un Bentley y tenía debilidad por las menores de edad.

Stanley Abbson tenía setenta y cinco años, pero gracias a la viagra aún podía alcanzar erecciones. Se encontraron en el paseo marítimo de Venice, cuando Lori se estrelló con el monopatín contra él y estuvo a punto de derribarle. A él no le había importado, y al cabo de un par de almuerzos la había invitado a trasladarse a un apartamento donde mantenía a otras dos adolescentes. Era un apartamento decente que daba al mar. Lori apenas podía dar crédito a su suerte.

Stanley (Lori había descubierto que vivía en otro sitio, en una casa grande) mantenía con generosidad a las chicas. Sólo pedía a cambio un espectáculolésbico de vez en cuando, lo cual no planteaba problemas..., hasta que empezó a invitar a algunos de sus pervertidos conocidos de negocios para que miraran y, en ocasiones, participaran. Fue entonces cuando Lori decidió que aquélla no era vida para ella, de modo que hizo las maletas y se fue, llevándose el reloj de oro macizo de Stanley y la provisión de dinero en metálico que guardaba escondida en el apartamento. El dinero fue suficiente para pagar seis meses de alquiler en una cabaña destartalada de Venice, donde vivió los siguientes cuatro años, al tiempo que tomaba clases de interpretación, traba-

jaba de extra y de camarera, hacía algún trabajo de chica acompañante que no incluía sexo, e iba tirando.

Los novios iban y venían. Un vendedor de coches. Un cómico quemado. Varios actores en paro. Y un mánager del mundo del espectáculo de pacotilla que le ofreció trabajar en el porno, oferta que ella declinó educadamente.

A los veintidós años, Lori se había dado cuenta de que no iba a ninguna parte, así que decidió trasladarse a Las Vegas.

Como era una cara bonita y nueva, de exuberante cabello rojo, largas piernas y sonrisa irresistible, logró un empleo de camarera en el Cavendish Hotel nada más llegar. El sueldo no era gran cosa, pero las generosas propinas lo compensaban.

Los clientes adoraban a Lori, al igual que el director, porque podía convencer a casi todo el mundo de que pidiera el mejor champán, los cócteles más caros y los exclusivos aperitivos de caviar.

El director no tardó mucho en ascenderla a camarera jefa de cócteles de la sala VIP, y fue allí donde conoció a Cliff. Había llegado una noche, plácidamente borracho, acompañado de un séquito de seis personas y una novia esquelética tipo modelo, quien no dejaba de reptar sobre su regazo y lamerle la oreja.

Procuró no mostrarse impresionada al ver a un hombre tan famoso, aunque recordó que su madre la había llevado a ver una de sus películas cuando tenía once años, y recordaba muy bien que Sherrine había comentado en aquella ocasión que Cliff Baxter era el hombre más sexy sobre dos patas. Lori decidió que, aunque ya debía ser cuarentón, todavía estaba muy bueno.

Jugó sus cartas con frialdad.

Él flirteó.

Su novia le dedicó una mirada asesina.

Ella hizo caso omiso de la arpía.

Cuando Cliff y su séquito se marcharon, él le deslizó una propina de mil dólares.

Ella se metió el dinero en el escote de su sucinto traje y no lo compartió con el resto del personal, aunque estaba obligada a hacerlo.

Él regresó dos semanas después, sobrio y solo. La buscó y le preguntó si tenía novio. Ella dijo que no, si bien en aquel momento estaba viviendo con un camarero muy guapo que trabajaba en The Keys.

La invitó a cenar.

Ella se negó.

La invitó a visitar Los Ángeles.

Ella se negó.

La invitó a su suite del hotel.

Ella se negó.

El instinto le decía que Cliff Baxter podía ser su gran oportunidad, y que para ello tenía que ponerle las cosas difíciles. Le mantuvo en ascuas durante varios meses, y cada vez que él iba a Las Vegas ella continuaba tratándole con frialdad. Entonces, cuando intuyó que iba a tirar la toalla, aceptó su invitación a cenar.

Aquella noche terminaron en su suite, donde ella le había practicado la mamada de sus sueños.

Sólo una mamada. Nada más.

Dos semanas después, estaba viviendo con él en su mansión de Los Ángeles.

—Señor Baxter, le esperan en el plató —llamó la segunda ayudante, al tiempo que echaba un vistazo al remolque de Cliff Baxter después de llamar dos veces a la puerta.

Como la estrella no respondió, entró vacilante y vio que estaba dormido en un cómodo sofá, roncando sonoramente, sin más ropa que una bata, la cual se había abierto y dejaba al descubierto los robustos muslos bronceados y la ropa interior de color chocolate.

La chica miró al astro dormido y se preguntó qué debía hacer. Era nueva en el trabajo y se sentía intimidada por estar en presencia de una estrella tan grande. Por suerte, la llegada de Enid, ayudante personal de Cliff Baxter, la salvó. Era una mujer mayor de armas tomar, vestida con un traje pantalón al estilo de Hillary Clinton y zapatillas deportivas Nurse Ratched.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Enid, al ver a la nerviosa joven y el torso medio desnudo de su jefe.

—Necesitan al señor Baxter en el plató —respondió la chica, con un temblor nervioso en la voz—. Tenía que avisarle.

—En ese caso, sugiero que le despiertes —dijo con brusquedad Enid, al tiempo que dejaba una bolsa tipo bandolera llena de papeles sobre la mesa.

—¿Co-cómo debería hacerlo? —tartamudeó la chica.

—Así, querida.

Enid se inclinó y sacudió vigorosamente el hombro de Cliff.

La chica se apresuró a retroceder cuando él se incorporó.

—¿Qué pasa? —murmuró—. ¿Dónde estoy?

—Estás en el estudio —anunció Enid—. Te requieren en el plató, de modo que mueve el culo.

—Para un ensayo, señor Baxter —dijo la joven, que intervino con valentía.

—Me habré dormido —anunció Cliff con un gran bostezo—. La fiesta de despedida de soltero de un amigo. Terminó tarde, le dije al chófer que me trajera directamente aquí.

—¿Y eso le gustó a la Señorita Concubina? —preguntó Enid con sarcasmo.

—Vamos, Enid —dijo Cliff, mientras se ponía en pie y lanzaba una carcajada—. ¿Qué te ha hecho Lori? Es un encanto. ¿Por qué la has de denigrar siempre?

La mujer hizo una mueca, y empezó a extraer papeles y correo de la bolsa, para luego depositarlos sobre la mesa.

—¿Le digo al señor Sterling que viene para el plató? —preguntó la joven ayudante, al tiempo que procuraba desviar la vista de la bata abierta de Cliff.

—Sí, sí, dile a Mac que estaré allí dentro de cinco minutos. Y la próxima vez agradecería que me avisaran quince minutos antes. Ve a pedirme un café. Solo. Con mucho azúcar. Lo quiero en el plató.

—Sí, señor Baxter.

Cliff le dedicó un guiño desenfadado.

—Vete, a menos que quieras verme el culo.

La chica se ruborizó, y salió a toda prisa del remolque.

Él lanzó una risita.

—Cada vez son más jóvenes —comentó, mientras se quitaba la bata—. ¿Y sabes una cosa, Enid? Aquí viene lo peor: yo cada vez soy más viejo.

—A todos nos pasa lo mismo —replicó la mujer—. Deja de sentir pena por ti y ponte algo encima, por el amor de Dios. He visto mejores paquetes en la oficina de correos.

—Cuando quieres, eres una arpía —dijo Cliff, impertérrito—. Arpía e intratable. No entiendo cómo te aguanto.

—Porque he trabajado para ti durante casi veinte años —repuso

ella sin perder la calma—, y soy una de las pocas personas que puede romperte las pelotas sin ser despedida. Y hablando de pelotas, las llevas colgando.

Él sonrió.

—Ya sabrás que ir colgado es lo mío.

—Si no vas con cuidado, te quedarás también sin tu cosita.

Él cogió los pantalones del respaldo del sofá y se los puso.

—¿No te apetece? —preguntó sin dejar de sonreír.

—No, Cliff —replicó muy seria Enid—. Soy una de las pocas mujeres en el mundo que no desea ver tu polla, tus pelotas, ni nada que puedas ofrecer.

—¡Bollera!

—Sí, querido. Y me siento orgullosa de decir que me gustan los coños casi tanto como a ti.

—Salvo el de Lori.

—No es un coño, es una depredadora. No es lo bastante buena para ti.

Cliff sacudió la cabeza.

—Por los clavos de Cristo...

—No te cases con ella, y punto.

—¡Casarme con ella! —exclamó él con una carcajada gutural—. ¿Cuándo esa palabra ha alzado su desagradable cabeza?

—Tendrías que darte prisa —insistió Enid, mientras se cruzaba de brazos—. Es poco profesional hacer esperar a la gente.

—No me jodas.

—Y cuando tengas tiempo, necesito que me contestes a unas cuantas cosas —añadió la asistente, al tiempo que agitaba un sobre de aspecto caro delante de su cara—. Se trata de una invitación que tal vez te haga gracia.

—¿No será otro evento de traje de etiqueta? —gimió Cliff—. He asistido a suficientes para llenar toda una vida. Ésta es la Ciudad de las Entregas de Premios. Se acabó. Estoy harto.

—Es una invitación algo diferente. Te la enseñaré cuando vuelvas. Ahora, te toca a ti darte prisa.

—Me hablas como si tuviera doce años —rezongó, mientras volvía a sacudir la cabeza.

—Y a veces te comportas como si los tuvieras —replicó Enid.

—Tal vez me sienta obligado a despedirte cuando vuelva —ame-

nazó Cliff, mientras cogía una camisa y se la ponía—. No me tratas con respeto.

—Más tarde, señor Baxter —repuso la mujer con sarcasmo—. ¿Le parece lo bastante respetuoso?

—¡De puta madre!

Y con otra amplia sonrisa, Cliff salió de su remolque.